

Entre la incomprensión y la fractura generacional. La izquierda chilena ante los 50 años del golpe

Malik Fercovic¹

La nueva izquierda chilena ha vivido años vertiginosos. En poco menos de una década, la izquierda surgida de las movilizaciones estudiantiles de 2011 y luego articulada en torno al Frente Amplio (FA) alcanzó el gobierno en marzo de 2022 de la mano del liderazgo de Gabriel Boric, el presidente más joven en llegar a la Moneda. Espoleada por las heterogéneas demandas del estallido social de octubre de 2019 (18-O), la nueva izquierda llegó al poder impugnando a la vieja centroizquierda concertacionista y prometiendo reconectar política y sociedad junto a la elaboración de una nueva constitución para el país. Sin embargo, a pocos meses de haber iniciado su mandato, el triunfalismo inicial se evaporó con la retunda derrota de la opción apruebo emanada por la Convención Constitucional el 4 de septiembre de 2022, el triunfo de la derecha conservadora de José Antonio Kast – a quien Boric venció holgadamente en las elecciones presidenciales – que capitanea ahora el nuevo proceso constituyente y los casos de corrupción que han sacudido a uno de los principales partidos de la coalición de gobierno. Frente a esta sucesión de reveses, la nueva izquierda – debilitada, errática y lejos de poder reconectar política y sociedad como prometió hasta hace poco – ha terminado vinculada con el mismo establishment que buscaba impugnar. Tal deriva de la izquierda revela, en gran medida, su incomprensión sobre el período que se abrió el 18-O y de sus consecuencias políticas.

Esta incomprensión del presente ha coincidido con la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, el evento histórico más determinante para la identidad de la izquierda nacional. Relevando la importancia de dicho suceso, desde su arribo al gobierno el presidente Boric afirmaba ya la continuidad de su mandato con el legado interrumpido de Salvador Allende: “Como pronosticara hace casi cincuenta años Salvador Allende, estamos de nuevo, compatriotas, abriendo las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, el hombre y la mujer libre, para construir una sociedad mejor”. En julio de este año, sin embargo, el delegado presidencial para la conmemoración de los 50 años del golpe, Patricio Fernández, quien había elaborado una apuesta conmemorativa de perfil más universalista, una que pudiera resonar con las nuevas generaciones que no vivieron directamente el quiebre de la democracia y la dictadura, se vio obligado a renunciar a su cargo por la presión ejercida por el Partido Comunista y numerosas organizaciones de derechos humanos. La salida de Fernández no sólo manifestó la molestia de los familiares de las víctimas de violaciones de derechos humanos por la pérdida de protagonismo que su experiencia tenía en el diseño conmemorativo original. De forma significativa, tal incidente también hizo evidente la fractura generacional que cruza a la izquierda respecto a cómo

¹ PhD en Sociología por la London School of Economics, MSc Governance of Risks and Resources por la Universidad de Heidelberg y Sociólogo de la Universidad Católica de Chile. Investigador y consultor en temas de desigualdad y movilidad social. Consejero de Rumbo Colectivo.

abordar, tanto moral como políticamente, el legado de la Unidad Popular y la dictadura en el presente.

En este contexto, han aparecido dos libros importantes que permiten interrogar críticamente, y con mayor perspectiva, las dificultades actuales de la izquierda chilena. El primero de ellos, *Salvador Allende: La izquierda chilena y la Unidad Popular*, es de autoría del filósofo y cientista político Daniel Mansuy, el líder intelectual de la nueva derecha chilena. En su ensayo, Mansuy escudriña la experiencia política de la UP encabezada por Salvador Allende, su problemático legado para la izquierda chilena, enrostrándole en particular al FA de carecer de una comprensión cabal y propia de dicho período y de los aprendizajes extraídos por la renovación socialista. El segundo libro, *La nueva izquierda chilena. De las marchas estudiantiles a la Moneda*, lleva la firma del economista Noam Titelman, uno de los fundadores del FA. En este texto, que representa el primer esfuerzo autocrítico de la nueva izquierda, Titelman busca dar cuenta de la meteórica llegada a la Moneda de la nueva camada de políticos, pero también reconocer los límites de una política sostenida en un mero proyecto generacional y aquilatar los difíciles aprendizajes que ha tenido que realizar en estos pocos años de gobierno.

Por todos estos motivos, parecía razonable esperar que los argumentos de Mansuy y Titelman dieran lugar a un animado y fructífero debate en la izquierda chilena. Sin embargo, ambos libros, que han gozado de una muy extensa difusión en los medios, han sido apenas valorados y discutidos críticamente. ¿Por qué las ideas de Mansuy y Titelman, de indudable relevancia para la izquierda actual, han suscitado una recepción tan escuálida? Esta ausencia de debate autocrítico parece ser sintomática de una dificultad mayor que acompaña a la izquierda – nueva y vieja – hace años: la falta de espacios legitimados, pluralistas y estables de discusión autocrítica. Para la izquierda, el problema no es tanto que no se produzcan o circulen libros e ideas. El problema, más bien, es que tales libros e ideas no terminan de decantar en diagnósticos y soluciones políticas compartidas, que permitan intervenir eficaz y cohesionadamente el presente.

Los déficits de orientación estratégica del actual gobierno tienen mucho que ver con este vacío. Pero sin más y mejor debate al interior de sus propias filas, que aborde la producción intelectual propia y la de sus adversarios, la izquierda difícilmente podrá repensar el legado político de la UP, afrontar en un mejor pie los desafíos políticos del presente o proyectar su futuro. Frente a las urgencias propias del gobierno, lo relevante aquí es resguardar un ámbito donde la deliberación genuina tenga lugar en torno a los diagnósticos y soluciones que dispone la izquierda en la actualidad, así como las posibilidades de reconectar la política partidista o institucional con la vida cotidiana de los ciudadanos. A través de todo ello, lo que llamo el problema de transmisión inter-generacional de aprendizajes colectivos en la izquierda chilena, constituye un desafío ineludible a afrontar.

La izquierda ante el enigma de Allende

Aunque está desprovisto de acritud, *Salvador Allende. La izquierda chilena y la Unidad Popular* es un libro escrito para provocar intelectualmente a la izquierda en la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado de 1973. El hilo central que sostiene el argumento de Mansuy es una crítica a la figura de Allende como mito. Tal figura remite, evidentemente, al Allende del 11 de septiembre: al presidente-mártir y su gesto a la vez heroico y sacrificial en un palacio en llamas, asediado por fuerzas militares insurreccionales. Esta es la imagen que se impone

posteriormente, observa Mansuy, como representación mítica y sostén fundamental de la identidad de la izquierda. Aquel Allende del 11 de septiembre, el de su célebre discurso final – de ribetes luctuosos, acusatorios, escatológicos – introduce un “veneno” y un “enigma” en nuestra conciencia colectiva. Ampliamente conocido, el veneno es la perdurable condena moral a sus adversarios, los militares golpistas y a todos civiles que los apoyaron o avalaron, como responsables últimos del quiebre de la democracia en el país. Menos examinado, el enigma, dirigido a la patria, al pueblo y a la izquierda, consiste en una conminación para estar a la altura de su gesto y sacrificio. Para la izquierda chilena, agrega Mansuy, el enigma de Allende se convertirá en una carga moral, una exigencia descomunal, henchida de simbolismo y de promesas de un futuro mejor, pero de muy difícil traducción política. Con todo, sostiene Mansuy, hasta que la izquierda no pueda avanzar en un análisis menos moral y más político de lo ocurrido, esto es, uno que pondere mejor al Allende del 11 de septiembre con el Allende gobernante, “no podrá tener una historia de la Unidad Popular digna de ese nombre”. Este es, en lo esencial, el desafío central que Mansuy le dirige a la izquierda chilena contemporánea.

Más allá de la figura mítico-moral de Allende, ¿cómo comprender la deriva trágica del Allende gobernante y de la UP como coalición política? Mansuy subraya dos dinámicas políticas estrechamente conectadas entre sí. La primera es la división interna en la UP. El gran debate estratégico de la coalición gobernante, aguijoneado por el poderoso influjo de la revolución cubana, opuso a la postura reformista de Allende, que buscaba “consolidar para avanzar”, sostenida por el sector allendista del Partido Socialista (PS), el Partido Comunista (PC) y una parte del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), y aquella del polo revolucionario, la de “avanzar sin transar” y “crear poder popular”, defendida por el sector del PS encabezado por Carlos Altamirano, otra parte del MAPU y – desde fuera de la coalición pero con importantes vínculos internos – el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). En tales condiciones, Mansuy advierte que la UP fue un verdadero “lastre” para el mandatario socialista, especialmente porque obstaculizaba la construcción de mayorías políticas y sociales indispensables para la UP. Pero Mansuy también constata que, a lo largo de este intenso debate que animan dirigentes e intelectuales de la UP, Allende nunca ejerció un liderazgo protagónico o decisivo. Mansuy ve en la incapacidad de superar esta tenaz división en el corazón de la UP la gran responsabilidad de Allende: la de un político que no pudo controlar las fuerzas centrífugas desatadas en su propia coalición de gobierno.

La segunda dinámica guarda relación con la política de alianzas que ensaya Allende durante su mandato. Aquí la difícil relación entre la UP y la Democracia Cristiana (DC) es insoslayable. Para Mansuy, la DC era el representante político de las clases medias y, como tal, resultada un apoyo imprescindible para el gobierno de Allende. Tal apoyo, inicialmente viable, se debilitó progresiva pero decisivamente, primero con el asesinato del ex Ministro del Interior DC Edmundo Pérez Zujovic en 1971, luego con la marcha de las cacerolas a fines del mismo año, durante la extensa visita de Fidel Castro, y finalmente con el paro de octubre de 1972, cuando el grueso de las clases medias se pasan a la oposición. Ya en 1973, Mansuy rescata el papel de Aylwin, presidente de la DC, quien, no obstante ser un férreo opositor del gobierno, habría hecho todo lo posible por llegar a un acuerdo con Allende, a pesar de que el último no podía ofrecerle garantías sobre el actuar del polo revolucionario de la UP. En paralelo, otro apoyo que Allende favoreció fue con los militares. Pero las fuerzas armadas, particularmente sus generales y almirantes, mantuvieron una actitud renuente a hacerse parte de un gobierno con el que no se sentían identificados. El propio Carlos Prats, comandante en jefe del ejército, acepta ser Ministro del Interior buscando evitar a cualquier costo una guerra civil, pero sobreestima – como el propio Allende – su capacidad para mantener ordenado al ejército y a la vez contener al polo revolucionario de la UP. Así, a medida que la inflación se escapa de control, las clases medias se suman a la oposición y la

polarización política se intensifica, Allende queda cada vez más aislado políticamente y sin margen de maniobra para buscar apoyos creíbles en la DC o los militares.

Para Mansuy, la división interna de la UP y el fracaso de su política de alianzas dan forma a la dramática “soledad política” de Allende, que solo se acrecienta en los meses previos al golpe de Estado. Con ello, Mansuy vuelve a insistir en el enigma de Allende, sugiriendo que su suicidio en la Moneda en llamas es el único recurso que le queda para enfrentar su soledad política cuando el país se encuentra al borde de una guerra civil. Allende había anunciado su disposición a quitarse la vida en repetidas ocasiones, particularmente a los dirigentes de la UP, quienes no le creen o le niegan la búsqueda de las alianzas necesarias para encontrar una vía de salida del atolladero. La tragedia de Allende, la de un político que escoge la muerte antes que romper con su coalición para salvar la democracia, se transforma así en la tragedia de Chile en su conjunto y en el enigma que corroe a la izquierda hasta la actualidad.

Tal interpretación es, sin embargo, pasmosamente unilateral. La narrativa de Mansuy aísla artificialmente las decisiones de Allende y de la UP de la trayectoria y de la acción de sus adversarios políticos. Esto es evidente en el caso de la DC. Mansuy omite que fue la DC de Frei Montalva la que dislocó el proceso político chileno: su gobierno no solo generó expectativas que no pudo satisfacer, trastocó el mundo rural con la reforma agraria y descuidó a las clases medias que decía representar, sino que desencadenó, además, la radicalización de sus propios cuadros – el MAPU y la Izquierda Cristiana – que luego se incorporaron a la UP. La reivindicación de la supuesta actitud democrática y conciliadora de Aylwin durante el gobierno de la UP, que Mansuy avala acríticamente, elude esta trayectoria previa de la DC y la responsabilidad que le cupo en ello a sus principales dirigentes, quienes en su mayoría terminan apoyando – incluso celebrando – el golpe. Por otro lado, desde mediados de los 60, la derecha chilena también experimenta una transformación significativa. En lugar de la derecha tradicional, representada por el Partido Liberal y Conservador, emerge con vigor una nueva derecha, articulada por el Partido Nacional, el gremialismo de Jaime Guzmán y Patria y Libertad, de perfil marcadamente corporativista, nacionalista y confrontacional. Es esta nueva derecha la que promoverá la furia golpista incluso antes del que el gobierno de Allende asuma. Mansuy lo sabe. El efecto de sus omisiones constituye una distorsión palmaria de la reconstrucción histórica de la UP que nos ofrece.

Tras el golpe de Estado, comienza el doloroso proceso de autocrítica en la izquierda, tanto en Chile como en el extranjero. En el país, dos intelectuales vinculados al MAPU, Tomás Moulian y Manuel Antonio Garretón, profundizan el debate que reconoce que detrás de la experiencia truncada de la UP hubo tanto derrota militar como fracaso político propio. Mansuy estima que Moulian y Garretón logran distinguir, como muy pocos en la izquierda, la dimensión mítica-moral del Allende del 11 de septiembre de 1973 de la realidad mundana del hombre político y de la coalición que condujo. En su descarnada autocrítica, ambos sociólogos critican duramente la concepción instrumental de la democracia de la izquierda, tributaria del marxismo-leninismo, y su incapacidad para comprender a las capas medias y su relación con la institucionalidad estatal. La izquierda no solo descuidó así las bases de funcionamiento de la democracia; desdeñó también a las clases medias, sin las cuales no se logra ninguna mayoría, obviando la evolución del Estado chileno durante el siglo XX, que dejó de ser oligárquico y se volvió mesocrático. Para Moulian y Garretón, sin unidad interna y mayorías políticas y sociales, la vía chilena al socialismo de Allende resultaba inviable. Mansuy observa que es esta autocrítica, y el proceso de renovación socialista que hace

posible, el origen intelectual de la Concertación, el mismo origen que la izquierda frenteamplista ha pasado frívolamente por alto.

Desde comienzos de los 80, en paralelo con la renovación socialista, re-emerge la figura de Aylwin como líder de una DC ahora opositora de la dictadura pinochetista. Para Mansuy, Aylwin no solo sería el lúcido demócrata opositor a la UP, sino el brillante articulador político de la Concertación. Inmunizado del embrujo mítico del Allende del 11 de septiembre, Aylwin sería el hombre que, desde 1984, llamó a aceptar la legitimidad de la Constitución de 1980 como “un hecho”, ordenó a las diferentes corrientes de la oposición a Pinochet – en particular, a socialistas y demócratacristianos – bajo su liderazgo y condujo una incierta transición a la democracia de forma pacífica y ejemplar. Ya en democracia, al presidir el funeral oficial de Allende el 4 de septiembre de 1990, Aylwin procuró “convertir a Salvador Allende en una figura funcional al proyecto concertacionista”. Aylwin intenta así “domesticar” el mito de Allende, re-interpretando su figura como la de un socialista renovado, en coherencia con su apuesta de reconciliación nacional, pero despojándolo de todo potencial disonante o peligroso para el nuevo orden democrático que se inauguraba bajo su conducción. Detrás de un libro dedicado a Allende y a la UP, rescatar este legado político de Aylwin es el principal subtexto del libro de Mansuy y de la derecha que desea construir en la actualidad.

El intento de “domesticación” del mito de Allende continuará siendo promovido por los propios socialistas. Una operación equivalente de re-interpretación del mito de Allende, esta vez como “sustitución”, habría acometido Ricardo Lagos con motivo de la inauguración de su estatua en 2000 y de la reapertura de la puerta de Morandé 80. Lagos se propuso amalgamar en su propia persona el ideario de la tradición socialista y la promesa pendiente de reconciliación de los chilenos. Pero así, al igual que el gesto previo de Aylwin, Lagos contribuye a vaciar de contenido el legado político de Allende. Sin embargo, para entonces, a diferencia de lo ocurrido con Aylwin, la operación de sustitución laguista encuentra una resistencia intelectual más vigorosa de la mano de Moulian. Con su *Chile actual. Anatomía de un mito* (1997) y *Conversación ininterrumpida con Allende* (1999), Moulian reclama la figura de Allende para quienes enarbolaban un cuestionamiento abierto al “transformismo” consensualista y neoliberal de los dirigentes políticos que comandaron la transición. Mansuy no solo registra este nuevo quiebre en el seno de la izquierda, el que la prensa identificó como protagonizado por “auto-complacientes” y “auto-flagelantes”. También reprocha a Moulian el abandono de sus posturas críticas del Allende gobernante en los 80, así como su inclinación por reivindicar el legado moral del presidente-mártir puesto al servicio de una izquierda anti-concertacionista tan contestataria como testimonial.

Del diagnóstico auto-flagelante del Moulian de los 90 – y no del examen autocrítico del Moulian de los 80 – surgirá la nueva izquierda actualmente en la Moneda. En marzo de 2022, al asumir la presidencia, Boric declara explícitamente su continuidad con el legado mítico del Allende del 11 de septiembre de 1973. Pero la promesa de reabrir “las grandes alamedas por donde transitará el hombre y la mujer libre”, según la inflexión de Boric, se evaporó con la contundente derrota electoral de la propuesta emanada por la Convención Constitucional en septiembre de 2022. Tras el duro revés del 4-S, y los sucesivos errores de su propio gobierno, Boric se vio obligado a “anestesiarse” el mito del presidente-mártir: Allende sería una figura que sirve simplemente para recordarnos que, mientras se manejan las urgencias prácticas del gobierno, otro mundo – uno “más igualitario, más justo, más digno”, en palabras de Boric en el aniversario del golpe de Estado en 2022 – es aún posible. En un giro análogo al de Aylwin y Lagos, Boric también termina despolitizando a Allende. Para Mansuy, esta es la “mayor derrota ideológica” del FA; una derrota que expresa la enorme brecha política entre

objetivos nobles y la ausencia de reflexión sobre los medios indispensables para alcanzarlos. Tal es la severa crítica que Mansuy le dirige a la nueva izquierda en la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado.

Pero el libro de Mansuy deja también planteada una pregunta que alude directamente a la fractura generacional de la izquierda en relación a su pasado: ¿es posible traspasar las lecciones de la renovación socialista a quienes no vivieron en carne propia la experiencia traumática de la UP, el golpe de Estado y la dictadura? Esta pregunta, que alude a lo que llamaré el problema de transmisión inter-generacional de los aprendizajes colectivos en la izquierda chilena, concierne tanto a la izquierda concertacionista como al FA. Mansuy ilustra este problema a partir de la conversación entre Carlos Ominami y Marco Enríquez-Ominami en *Animales políticos: diálogos filiales*, libro publicado en 2004, durante el esfuerzo laguista por mantener a raya el mito de Allende. En dicha conversación, Enríquez-Ominami, descrito como “el caso cero del frenteamplismo”, le recrimina a su padre adoptivo, mirista en tiempos de la UP y ministro socialista bajo Aylwin, el que la Concertación haya convertido a Allende en una figura estética y simbólica antes que política. Arrinconado por su hijo, el viejo Ominami se defiende aludiendo a la persistencia de las heridas abiertas por la UP y la dictadura, así como por la enorme dificultad para transmitir la experiencia del dolor vivido a las nuevas generaciones. Mansuy comenta que el dolor es la experiencia humana más íntima y menos transferible de una generación a otra. Así, incapaz de entablar un diálogo inter-generacional sereno y racional en torno a los duros aprendizajes del pasado, la izquierda, vieja y nueva, sugiere Mansuy en tono pesimista, sigue viviendo bajo la sombra de Allende y su tenaz enigma.

Las dudas sobre la nueva izquierda

En *La nueva izquierda chilena. De las marchas estudiantiles a la Moneda*, Noam Titelman aborda a su manera el problema de transmisión inter-generacional en la izquierda. Inspirado por la imagen de “crítico secular” de Edward Said, equidistante tanto del intelectual orgánico gramsciano como del académico confinado en su torre de marfil, Titelman se presenta como la voz autocrítica de la nueva generación que, en poco menos de una década, alcanzó la presidencia del país impugnando la política de la transición. Titelman reconstruye la historia de este ascenso meteórico de la nueva izquierda, pero advierte cómo este éxito ocurrió sin que el FA haya decantado previamente discusiones políticas imprescindibles para transformar su programa de gobierno en realidad. A diferencia de Mansuy, Titelman muestra más confianza que el último en las posibilidades de propiciar una convergencia inter-generacional en la izquierda chilena. Para ello, el FA, afirma Titelman, debe abandonar la idea de que la juventud – solo por ser joven – baste para afrontar los desafíos políticos del presente, y promover, en cambio, un reencuentro inter-generacional con la vieja centroizquierda concertacionista para dotar de mayor gobernabilidad al país. El prólogo de Michelle Bachelet, representante insigne de la antigua guardia concertacionista con inclinaciones auto-flagelantes, es un gesto de reciprocidad en tal dirección.

Para Titelman, la nueva izquierda chilena sería el producto tanto de los éxitos como de los fracasos de la Concertación. Si entre los primeros destacan el crecimiento económico, la ampliación sin precedentes de las oportunidades educativas y la democratización del acceso al consumo, entre los segundos habría que señalar una problemática persistencia de desigualdades y la privatización de la vida social. Las movilizaciones estudiantiles de 2011 hicieron ineludible esta tensión entre éxitos y fracasos en torno a una demanda por educación pública, gratuita y de calidad. En 2014, los principales liderazgos estudiantiles de 2011 – el de Camila Vallejo vinculado al PC, un Giorgio Jackson líder de Revolución Democrática

(RD) y un Gabriel Boric asociado al autonomismo – ingresaron al parlamento con el ímpetu de la renovación y las demandas estudiantiles. Ese mismo año, una nueva coalición política, la Nueva Mayoría (NM), encabezada por Bachelet, que incluía desde el PC hasta la DC, llega a la Moneda, sustituyendo así a una alicaída Concertación con un ambicioso programa de reformas e incorporando a algunos dirigentes de RD en base a una ambigua “colaboración crítica”. En 2016, sin embargo, RD deja un gobierno que había perdido su impulso transformador inicial, debilitado por disputas intestinas, facilitando así un acercamiento con el autonomismo liderado por Boric, una alianza que se refuerza con el triunfo de Jorge Sharp – por entonces otro dirigente autonomista – en la alcaldía de Valparaíso a fines de ese mismo año.

A comienzos de 2017 surge lo que Titelman llama el “primer” FA. Esta nueva coalición política, compuesta por 14 variopintas organizaciones políticas – desde el partido Pirata hasta el Liberal –, todos críticos del anquilosamiento político de la NM, obtuvo sorprendentes resultados electorales: su abanderada presidencial, Beatriz Sánchez, estuvo muy cerca de pasar al balotaje; en el parlamento, el FA consiguió 20 diputados y un senador. En paralelo con estos promisorios avances electorales, observa Titelman, el FA recibió la influencia del frenteamplismo uruguayo en torno al municipalismo y la opción de construir una coalición política amplia, y del Podemos español, con su énfasis en ensanchar su base electoral a partir del clivaje arriba/abajo antes que el de izquierda/derecha. Con todo, el influjo de estas ideas políticas no decantó en una definición programática madura o consistente. En tales condiciones, advino el 18-O, la ola de protestas más masiva desde el fin de la dictadura pinochetista hace 30 años, la misma que tuvo al gobierno de Piñera al borde del despeñadero. Según Titelman, antes que un rechazo concluyente del “neoliberalismo”, como muchos en la izquierda quisieron creer, el 18-0 expresó tanto la profunda crisis de representación de la política institucional como – tal era la ambigüedad del fenómeno – una cierta demanda por renovación política.

En esta coyuntura específica emerge el “segundo” FA. Empujado por el entonces diputado Boric, el 15 de noviembre de 2019 (15-N) unos desprestigiados partidos políticos alcanzaron un acuerdo transversal con el objetivo de canalizar institucionalmente un estallido social – que amenazaba seriamente con desbordarse – a través de un proceso constitucional. Para Titelman, este hito es relevante porque el FA queda reducido a su núcleo estudiantil original y porque sus principales liderazgos asumen como propios los presupuestos básicos de una democracia liberal: separación de poderes del Estado, independencia de tribunales de justicia y medios de comunicación, el respeto a las minorías. Tal paso revelaría que esta segunda versión del FA representa una izquierda “ciudadanista” o “institucionalista”, heredera de la renovación socialista, a diferencia de aquella “plebeya” o “nacional-popular” que prefirió plegarse a las demandas del 18-0 y criticar el acuerdo del 15-N. Aunque la nitidez de esta distinción parece reflejar más sus deseos que la realidad, Titelman estima que el giro del 15-N le permitió a la candidatura presidencial de Boric en 2021 encarnar la promesa de renovación política de la mano de las demandas de los movimientos sociales (feministas, ecologistas, entre otros), en el marco de una propuesta de cambios al modelo económico inspirado por un talante dialogante y republicano. Así se selló el sorpresivo arribo de la nueva izquierda, aquella que reúne “las preocupaciones por “el fin del mundo” (ecología) con el “fin de mes” (derechos sociales)”, a la Moneda.

Una vez alcanzado el gobierno, sin embargo, el FA se vio rápidamente confrontado con serias dificultades para gobernar al pueblo cuyos anhelos de cambio decía representar. El triunfalismo de los primeros meses se deshizo con los propios errores del gobierno, un debate público crecientemente dominado por preocupaciones en torno al estancamiento

económico, una inmigración descontrolada y la crisis de inseguridad, y la categórica derrota de la opción apruebo emanada por la Convención Constituyente. Así, al poco andar, el FA pasó, observa Titelman, “de impugnador a impugnado”. Este nuevo escenario, afirma Titelman, obliga al FA a reconocer tanto la incapacidad de sostener un proyecto político en la mera renovación generacional como la urgencia de elaborar “un diagnóstico que explique, de manera clara, el momento político que vive Chile”.

En una sociedad marcada por la “desconexión” entre elites políticas y ciudadanía, Titelman invita al FA a repensar su proyecto político a partir de una triada analítica: ideología, identidad y representación. Titelman defiende la idea de contar con partidos políticos con lineamientos ideológicos claros y densos, que permitan ofrecer una orientación clara para su acción política. Escrutando las declaraciones de principios y resoluciones congresales de RD, el PS y el PC, Titelman constata que el “fin último” de las izquierdas chilenas actuales coincide en “superar el capitalismo”, aunque tal aspiración – como la de “superar el neoliberalismo” – sería más bien “una brújula” de incierta precisión, y por su apoyo a un “ordenamiento político” que, en general, se apega a los principios de la democracia liberal. Hay menos consenso, sin embargo, respecto a cómo las izquierdas chilenas conciben al “sujeto político” que dicen representar: mientras que RD y PS apuestan por un “sujeto ciudadano” y su lógica de acción “progresista” en su búsqueda por profundizar la democracia, el PC encarnaría a un “sujeto plebeyo” en su lógica de acción “confrontacional” entre pueblo y elite. Según Titelman, los déficits ideológicos de las izquierdas chilenas se hicieron evidentes con la Lista del Pueblo que capitaneó la Convención Constitucional. En dicha instancia, dominada por los independientes, y con la aquiescencia del FA, imperó una reivindicación de las identidades plebeyas del 18-O en desmedro de un actuar político anclado en un horizonte de transformación común mínimamente consensuado y definido.

En un contexto de partidos políticos con lineamientos ideológicos difusos, en el que la pregunta por “quiénes somos” tiende a sustituir la pregunta “hacia dónde vamos”, Titelman constata el auge de las “identidades negativas”: ciudadanos que votan más como expresión de rechazo que como apoyo. Frente a este escenario adverso, la nueva izquierda sería una generación política anhelante por representar “un nosotros”, que sea el sostén de su proyecto político, pero tal anhelo colisiona con una sociedad cada vez más desprovista de relatos y recursos compartidos para construir identidades colectivas. Lejos del ensimismamiento identitario o del repliegue individualista que predominan como respuestas a la crisis política, Titelman defiende noblemente la importancia de representar políticamente la idea de un nosotros. Pero más allá de delinear los contornos generales del problema, su visión carece de propuestas claras o concretas para avanzar en dicha dirección.

Ante la crisis de las identidades colectivas, agrega Titelman, se vuelve cada vez más difícil la representación política, particularmente aquella que promueve una “visión de conjunto” con capacidad de empujar un proyecto político coherente e inclusivo. Hasta la fecha, sin embargo, la respuesta política preferente en la izquierda – evidente en el primer gabinete de Boric y la composición de la Convención Constitucional – ha sido apostar por aumentar la “representatividad descriptiva”, es decir, una forma de representación lo más parecida, demográficamente hablando, a la población nacional. Pero contar con una elevada representatividad descriptiva, recuerda Titelman, no impidió que el primer gabinete cayera al poco andar o que la propuesta constitucional fuera rechazada rotundamente poco tiempo después. Para Titelman, a diferencia de las posiciones particularistas que prevalecieron en la Convención, lo que el FA necesita es de representantes dotados de una ideología coherente y de un nosotros inclusivo, que permitan avanzar en “acuerdos sustantivos” en beneficio tanto del proyecto político propio como del bien público.

Tal es el argumento fundamental de Titelman sobre el surgimiento y estado actual de la nueva izquierda chilena, el que contribuye a explicar su incompreensión del presente. Este contiene, sin embargo, dos omisiones profundamente llamativas. La primera es la completa desatención del trabajo intelectual de Fernando Atria y Carlos Ruiz, autores de cabecera de los líderes estudiantiles que sentaron las bases del FA. En libros como *La mala educación* (2012), *La constitución tramposa* (2013) y *El otro modelo* (2013), Atria ha ofrecido un diagnóstico de la crisis del sistema educacional, ha justificado la idea de redactar una nueva constitución y articulado una propuesta – el “régimen de lo público”– que garantice el principio de ciudadanía en la provisión de bienes públicos entendidos como derechos sociales. En *De nuevo la sociedad* (2016) y *Octubre chileno* (2020), Ruiz ha insistido en la fractura abierta por la transición entre política y sociedad, así como en la emergencia de un “nuevo pueblo” que demanda más autonomía individual y mayores espacios para la sociedad civil en la esfera pública. Es lamentable que Titelman, quien reprocha al FA una “notoria ausencia de reflexión política”, eluda realizar un examen crítico los aportes de Atria y Ruiz.

Esta injustificada desatención va de la mano de otro omisión relevante: la tesis populista. Esta tesis – abierta por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en *Hegemonía y estrategia socialista* (1985) y refinada luego en *La razón populista* (2005) de Laclau, *Por un populismo de izquierda* de Mouffe y *Construir pueblo* de Mouffe y Errejón (2019) – apuesta por una “democracia radical”, que se aleja cada vez más del socialismo clásico, elaborada a partir de un discurso articulador de un pueblo heterogéneo movilizadado contra las elites que acaparan el poder. Liderada por una vanguardia partidista o intelectual en base al código amigo/enemigo, la tesis populista se ha traducido en una estrategia política altamente volátil y carente de una comprensión sociopolítica rigurosa de los contextos en la que se despliega. Aunque Titelman no lo dice, este es precisamente el vacío que intenta llenar con su énfasis en una reflexión centrada en ideología, identidad y representación. Titelman reconoce la influencia de la tesis populista – vía el Podemos español – en la conformación del FA, pero nunca se toma la molestia de dialogar explícitamente con sus exponentes intelectuales. Una izquierda que esquiva el debate entre sus propias filas se hace un flaco favor a sí misma.

El libro de Titelman concluye invitando a construir un nuevo pacto social en una democracia concebida más como alianza de clases que como lucha de elites. Titelman celebra la capacidad de Boric para incorporar a liderazgos de la antigua Concertación, como el de Carolina Tohá. Este reencuentro inter-generacional reflejaría una promisorio despolarización encaminada a ofrecer mayor gobernabilidad al país y la principal vía de resolución del quiebre generacional que acompañó la emergencia política del FA en relación a la vieja centroizquierda concertacionista a lo largo de la última década. Pero mientras los líderes políticos de izquierda atenúan sus disputas inter-generacionales, advierte Titelman, la ciudadanía sigue profundizando su desconfianza hacia todas las elites, viejas y nuevas. Tal desconfianza, que no ha dejado de acrecentarse, sería expresiva de otra fractura que cruza a la sociedad chilena: la de los jóvenes que se han incorporado a las nuevas y precarias clases medias a lo largo de las últimas décadas, pero que siguen careciendo de canales estables de representación política. En tales condiciones, ¿cómo elaborar un nuevo pacto social sin reconstruir en paralelo vínculos estables y creíbles con una ciudadanía intensamente escéptica y “desconectada” de todas las elites políticas? O, dicho de otra forma: ¿es posible recomponer la unidad interna en la coalición gobernante y a la vez construir mayorías políticas y sociales – los dos grandes aprendizajes de la renovación socialista – para su programa de cambios mientras se ejerce precariamente el poder? Estas difíciles pero ineludibles preguntas, que no se encuentra en el libro de Titelman, plantean inquietantes dudas sobre el presente y futuro de la izquierda chilena.

Afrontar los desafíos pendientes

¿Es posible superar la incomprensión del presente y la fractura generacional que atraviesan a la izquierda chilena actual? En política, como subrayan con razón Mansuy y Titelman, no basta con declarar lo que se quiere hacer, ya sea en base a nobles ideales o una política generacional. Si no se examina a fondo cómo lograrlo, no se comprende cuáles son las fortalezas propias y cuáles son los poderes y obstáculos a sortear, simplemente no se llega lejos. De forma significativa, tal lección concierne tanto a la UP como al FA, y pone de relieve la vieja pregunta en torno a la estrategia. Pero para avanzar en dicha dirección, la izquierda necesita afrontar, al menos, los siguientes desafíos.

El primero de ellos consiste en actualizar auto-críticamente nuestra relación con el legado político de la UP, los aprendizajes extraídos por la renovación socialista y los gobiernos de la Concertación. Afrontar este desafío requerirá dotarse de una reflexión densa y profunda sobre nuestra historia contemporánea, algo que aqueja con especial intensidad al FA. Visto en perspectiva histórica, la izquierda, nueva y vieja, ha sobreestimado sus fortalezas y subestimado la de sus adversarios. De una u otra manera, abordar este desafío pendiente implicará hacerse cargo también del problema de la transmisión inter-generacional de aprendizajes colectivos en la izquierda chilena. Junto con reivindicar la memoria, lo que hace verdaderamente falta en la izquierda es un esfuerzo de intelección racional de nuestro pasado reciente, esto es, un ejercicio propiamente histórico, por comprender nuestras fortalezas y debilidades, tanto prácticas como teóricas, para intervenir políticamente el presente y proyectar nuestro futuro.

Un segundo desafío consiste en la imperiosa necesidad de (re)construir puentes duraderos con actores concretos de la sociedad civil. Este reto, de enorme complejidad, implica preguntarse por nuestra capacidad para representar eficazmente a los más necesitados de representación política pero que desconfían profundamente de los partidos políticos. Afrontar esta tarea supone ser capaces de captar mejor las realidades diarias y los anhelos de las personas a las que buscamos representar, así como organizar y canalizar los intereses de dichas personas y construir agendas políticas definidas sobre esas bases. El indicador clave aquí será si nuestros partidos, junto con las organizaciones sociales y culturales que los acompañen y les den sustento, logran (o no) construir y mantener una coalición compuesta por las vastas, heterogéneas y precarias capas medias que han emergido a la par con la prosperidad económica de las últimas décadas. Sin la reconstrucción de vínculos estables con estos actores, la izquierda no podrá construir las mayorías sociales y políticas indispensables para llevar a cabo su agenda de cambios.

Un tercer desafío implica elaborar una mejor alternativa institucional orientada a fortalecer lo público. Sin duda, en una sociedad marcada por el predominio excesivo del mercado y de las soluciones privadas, avanzar hacia un Estado más fuerte, amplio y garante de derechos sociales ofrece mejores garantías institucionales para que cada individuo esté en condiciones de llevar adelante su proyecto de vida en condiciones de mayor protección social e igualdad. Defender el avance de lo público y la igualdad como parte de un diseño institucional global es una tarea indispensable para la izquierda, rasgo que enfatiza la propuesta de Atria sobre el “régimen de lo público”. Pero tal empeño debe evitar también una expansión desmedida de las funciones estatales en la definición de lo público ni la agencia y libertad de los ciudadanos ante las políticas públicas. Esta reconstrucción de lo público solo será viable a partir de una institucionalidad estatal sólida pero acotada al servicio de una sociedad civil robusta y plural.

Para afrontar cada uno de estas desafíos la izquierda necesita más y mejor debate: desde lo filosófico hasta lo técnico, pasando por lo crudamente político, e involucrando tanto su propia producción intelectual como la de sus adversarios. Renunciar a ello no sólo hace más difícil la imperiosa tarea de reconstruir un nosotros que sirva de soporte colectivo para nuestro proyecto político. También compromete seriamente, al privarnos de abordar los desafíos estratégicos de nuestro tiempo, la viabilidad de nuestro futuro.